

# Reparos, por carta <sup>(1)</sup>

San José, mayo 9 de 1923.

Señor Licenciado don Rómulo Tovar.

P.

Muy estimado amigo y compañero:

COMPLACIDO y honrado me siento por el interés que despertaron en usted mis apuntes publicados en «La Escuela Costarricense». Quiero, por lo mismo, ya que brinda la oportunidad de cambiar ideas con usted, y como noble ejercicio para el espíritu, exponerle algunos reparos a la tesis sostenida por usted respecto a la virtud constructiva del idioma.

Decía Confucio en su «Lun-Yu» que si los hombres se acordaran en el sentido de las palabras, todos los problemas estaban resueltos; y en este caso está claro para mí que nos distancia solamente una cuestión de palabras para poder llegar de acuerdo al fondo del asunto.

Dice usted con mucha razón: debe preocuparnos como piensen los jóvenes, no como hablen. Que tengan ideas —agrega— aunque no tengan palabras. Pero, mi estimado don Rómulo, yo no puedo creer que las ideas vivan con independencia de su propia vestidura. Las ideas llevan el ropaje de la lengua, son el alma que se hace visible por medio de ese instrumento maravilloso que comenzó con el aliento de Dios, según las Escrituras, cuando en el principio fué el Verbo...

Si las palabras son la forma de expresión del pensamiento, tanto más claras serán las ideas cuanto más claras sean las palabras que les sirven de expresión.

Yo puedo, por ejemplo, tener una idea de Dios; pero poco haré, o casi nada, si yo no puedo realizar ese concepto de Dios por medio de imágenes que lo representen como yo lo concibo. Cierta—me dirá usted— pero tengo una idea de Dios. Pues bien: yo creo que no basta el conocimiento interior de las cosas; es preciso, para el servicio del mundo, poder ser exactos en la expresión conceptiva que se realiza en nuestra mente. Cita usted a Renán como un caso precioso de quien se cuidó más de las ideas que del lenguaje; pero, precisamente Renán es admirable en sus ideas por la claridad y belleza de la forma con que las envuelve.

No diría yo, en términos absolutos, que el lenguaje sea la única base de los conocimientos; pero sí creo que no sea caprichoso afirmar que es el idioma el maderamen con que va a construirse la cultura de un hombre.

Aun más, creo con algunos autores, que la conservación del idioma puede influir en el sostenimiento de la independencia nacional. Faguet, en Los Diez Mandamientos, llega a la conclusión de que el gramático, en un sentido más noble, hace una labor patriótica ingente. «Es de observar,—dice— que en la época en que un pueblo es próspero, fuerte y glorioso, es también la época en que, particularmente orgulloso de su lengua, la vigila con más celosa severidad queriéndola pura y bella». «Esto es una verdad,—agrega— respecto de Atenas, de Roma, de Francia, de Alemania, de Inglaterra y de España». «En este orden de ideas —concluye— el gramático es un patriota, y en su grado, un padre de la patria».

El ilustre don Rufino José Cuervo dice en el prólogo de sus «Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano»: *Nada, en nuestro sentir, simboliza tan cumplidamente la patria como la lengua; en ésta se encarna cuanto hay de más dulce y caro para el ciudadano y la familia, desde la oración aprendida del labio materno y los cuentos referidos al amor de la lumbre, hasta la desolación que traen la muerte de los padres y el apagamiento del hogar; en una tierra extraña, aunque halláramos campos iguales a aquellos en que jugá-bamos de niños, y viéramos allí casas como aquellas en que se columpió nuestra cuna, nos dice el corazón que si no oyéramos los acentos de la lengua nativa, siempre nos reputaríamos extranjeros y suspiraríamos por las auras de la patria.*

Humboldt asegura que las leyes se diferencian en el mismo grado y modo en que se diferencian los que las hablan, reflejan la manera cómo un cuerpo particular de hombres mira el mundo que le rodea.

Mucho más podría traerse a propósito de la influencia directa de la lengua en las nacionalidades y veríamos cómo el nacimiento de las lenguas aparece el de las naciones independientes. España misma, de donde nos salimos un día para constituirnos separadamente, sigue siendo y lo será siempre la patria nuestra, que nos legó lo que nos ha de vincular eternamente a ella: el espíritu de su lengua.

El idioma es no solamente la vestidura de las ideas y el instrumento de la mente, sino además el lazo constitutivo de los pueblos y de los hombres. América está más cerca de España que Francia por virtud de la lengua, y un día llegará en que ésta sea el puente luminoso por donde vayamos unos y otros a constituir, no

una unidad política, que eso es deleznable, sino una unidad espiritual, social y racial, indestructible y eterna.

Y en lo que se refiere a literatura, ni comencemos a decir, que sería incabable la argumentación para demostrar que los pueblos viven por la literatura, ya científica, ya literaria, que hayan dejado. Baste por ahora, para fijar su importancia, que dejemos nombrada una sola obra de carácter literario que contribuyó poderosamente a la liberación de los negros en los Estados Unidos; se comprende que me refiero a la famosa novela de la escritora norteamericana Enriqueta Beecher Stowe, «Uncle Tom's Cabin».

¿Y las de Tolstoy, por ejemplo?

Finalmente, mi respetado amigo, quiero rogarle se sirva aceptar las expresiones más vivas de mi agradecimiento por la honrosa oportunidad que me ha dado su carta, que he tratado de contestar en estos apuntes ligeros y que sin duda me daría la amable tarea de un estudio extenso y meditado. Le repito mi simpatía y me complazco en ver al maestro atento a estos movimientos de cultura, tan dejados, desgraciadamente, entre nosotros.

ROGELIO SOTELA

## ¡Pajarillos, pajarillos!

Para RUBÉN COTO F.

Despiertan los pajarillos  
y ponen en su trinar  
alabanzas que traducen  
las gracias que a Dios le dan.

El ritmo de sus canciones,  
diluido entre los follajes,  
multiplica en armonías  
la gracia de estos paisajes

Pajarillos de mi tierra,  
yigüirros y setilleros,  
vosotros siempre anunciáis  
los primeros aguaceros.

Pajarillos cuyos nidos  
ostentan los higueros,  
como cunas que las brisas  
coronaran con canciones.

«—Donde váis, Monjita, dí?  
—Voy al campo, don Agüío.  
—¿Y el Yigüirro donde está?  
—En un cedro junto al río.

—Mira, ahí viene el Soterré,  
tan fogoso y placentero.  
—Y aquí salta el Comemáiz  
con la Viuda. ¿Y el Jilguero?»

Así parlan en las ramas  
las canoras avecillas,  
mientras dejan sobre el césped  
un reguero de semillas.

Pajarillos, vuestros cantos  
nos deleitan con primor.  
¡Quiera Dios que en vuestros nidos  
nunca falten pan y amor!

J. J. SALAS PÉREZ

S. R. Mayo 1923

(1) Véase el número anterior.